



Título: El Café de Canterville 3 Clave de Réquiem  
2018, Primera edición  
Autor: Minerva Gallofré  
Ilustraciones y diseño: Diego A. Bartolomé  
Banda sonora: Daniel García Bardo  
Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos  
© Minerva Gallofré  
© Diego A. Bartolomé  
© Daniel García Bardo  
© Editorial Tres Inviernos  
ISBN: 978-84-948817-8-7  
Depósito Legal: M-31204-2018  
Impreso en España  
[www.editorialtresinviernos.com](http://www.editorialtresinviernos.com)  
Contacto: [hola@editorialtresinviernos.com](mailto:hola@editorialtresinviernos.com)  
Todos los derechos reservados

*Colección  
Pulp-Winter*





# EL CAFÉ de CANTERVILLE

presenta...

## Clave de Réquiem

por

Minerva Gallofré



TRES INVIERNOS



Descárgate gratis el tema musical de esta historia:



Enlace:

[editorialtresinviernos.com/es/audios/clave\\_de\\_requiem](http://editorialtresinviernos.com/es/audios/clave_de_requiem)







Para Feli,  
que me contó la parte real  
de esta historia.



En la cuarta balda más alta, detrás de la barra de El Café de Canterville, a la derecha de la cafetera, al lado de una botella estriada de anís y detrás de un azucarero de barro cocido, en cuyo interior el azúcar se había aterronado de tanto tiempo como hacía que nadie se lo echaba, allí arriba, arrinconada contra el fondo de madera y ligeramente manchada de harina, polvo y grasa, una lata de té rojo del color tibio del otoño dormía con la tapa cerrada, protegiendo a su tesoro de la mirada salvaje del mundo.

—Eso que tiene ahí arriba, ¿es té rojo Pu Erh? —le preguntó un cliente a Margaret. Ella no conocía su voz ni su acento—. Esa, esa lata de ahí.

La camarera dirigió la vista a las alturas. ¿Sería posible que alguien, después de tanto tiempo, preguntara por su olvidado té rojo? Acto seguido, se subió a una banqueta que gruñó bajo sus zapatos y se asomó dentro de aquella balda con aroma de unos y otros fuegos líquidos. Retiró el azucarero, hizo a un lado la botella estriada y alcanzó la lata con la mano abierta, notando un ligero quemazón en las yemas de los dedos. Al bajarse de la banqueta, se cuidó bien de alisarse la falda.

El forastero, enfundado en un abrigo negro, impecable, tenía la barba rubia, bien recortada, prendida de la blancura de Siberia. Parecía que se hubiesen

enredado en ella algunos copos de las fieras nieves que moraban en la tierra de la que procedía.

—Confieso que nadie, nadie desde hace más de un año, ha pedido una sola taza —le explicó Margaret mientras limpiaba la lata en su delantal—. Así que es posible que haya perdido aroma, cuerpo y sabor... Discúlpeme un instante.

Y Margaret perturbó el letargo del té rojo, abriendo su guarida y lamentando despertarlo, como si interrumpiese el gozoso sueño de un dragón milenario. Adentro, las hojas desnudas seguían oliendo a pared de caverna.

—Ni los años estropean su dulce ligereza —apreció el cliente aspirando

con los párpados cerrados. Lo que se ocultaba debajo de ellos, pensó Margaret, eran dos pequeños globos de hielo azul.

—¿Le apetece una taza? —le preguntó, sacudiendo la lata con suavidad. El forastero bosquejó una curva ascendente bajo su nariz. Era como ver sonreír al invierno.

—Por favor, señorita.

Margaret dispuso su magia de efecto liviano, su alquimia de almas y sabores, tratando de recordar cómo se preparaba el té rojo Pu Erh, o mejor dicho: cómo se debía recibir a su honorable espíritu. Cualquiera podía calentar agua con té, pero ella no trabajaba así. Ella amaba lo que hacía.

La divina inspiración de El Café de Canterville se arremolinó dentro de sus oídos, y los viejos duendes que moraban entre tazas y cucharas, hablando con crujidos de mueble, le susurraron el secreto de la escogida receta. Eligió una tetera de porcelana dorada. Justo la tarde anterior se le antojó abrillantarla, como si de algún modo hubiese sabido que la iba a necesitar. En su fondo, como quien llena un caldero mágico, vertió las hojas de té rojo, muy despacio, acariciando a cada una, deteniéndose en su contorno terroso y definiendo un círculo perfecto con todas ellas, diminutas escamas de rubíes en bruto, mientras que los colmillos del fogón hervían el agua en un cazo

de hierro. Cuando el fuego y las aguas fueron una sola cosa, derramó esta aleación en el interior de la tetera, en tres golpes de escaldadura, ni una más ni una menos, manteniendo entre su mano y la tetera la distancia que existía entre su ombligo y su corazón.

Ocurrió que el dragón se despertó porque la sangre caliente le fue devuelta a las venas secas, aunque lo hizo entre desperezos, bostezando con aliento de roca ahumada. La poción se tornó sangre y barro bajo su vientre, sacros, antiguos, un lecho de oro arenoso, fermentado, que ha dormido lejos del mundo, por mucho tiempo, en el útero immaculado de la piedra. Y cuando el dragón del té rojo alzó el vuelo en



una nube de sabor incandescente, Margaret cerró la tapa de la tetera con firmeza y lo mantuvo allí dentro, preservado del frío terrenal que comenzaba en la barra de su cafetería y se extendía hasta las lápidas del cementerio. Un frío que acabaría por matarlo si su cliente dejaba que se enfriase en su taza.

El forastero, con intachable diplomacia, había observado a Margaret durante su curioso ritual. Mientras la camarera preparaba la bebida, le había comentado un par de asuntos, solo temas triviales como el helor de la mañana, los carámbanos de la fuente que perdía agua o la inauguración de la nueva plaza, la del árbol seco.